POLÍTICA INTERNACIONAL

El antídoto contra el trumpismo

ALBERTO FERNÁNDEZ

A más de ocho meses de aquel fatídico 8 de noviembre de 2016, el debate académico y político sobre las diferentes explicaciones del triunfo de Donald Trump no parece estar cerca de agotarse. Apenas el 5 de junio, el *Washington Post* publicó un artículo de los académicos Nicholas Carnes y Noam Lupu ("It's time to bust the myth: Most Trump voters were not working class") en que llaman a "destruir el mito" de que el mayor apoyo a Trump provino de votantes blancos de clase trabajadora, contradiciendo así un amplio acuerdo entre analistas políticos.

Lejos de ser una discusión bizantina, este continuo debate muestra un contraste de diferentes propuestas con el pragmático fin de producir un antídoto contra el trumpismo a tiempo para su primera prueba de laboratorio en las elecciones intermedias de 2018. La disyuntiva se puede destacar a través de sus posiciones extremas. Por un lado tenemos que si Trump ganó gracias al masivo apoyo de la clase trabajadora blanca, debido sobre todo a su situación de precariedad económica, la pregunta que sigue es ¿cómo reincorporar a una parte significativa de este bloque seducido por el populismo de derecha a una coalición progresista? Si, por el contrario, Trump ganó principalmente porque su discurso racista y xenófobo movilizó la enorme carga de prejuicios que la sociedad estadounidense había querido barrer bajo la alfombra, entonces ¿cómo se puede neutralizar o reducir el impacto del racismo en la arena electoral y cómo se puede apelar efectivamente a los más agraviados por el renovado discurso de odio?

La cantidad de ensayos y artículos de prensa con argumentos a uno u otro lado de esta brecha es demasiado grande para analizarse en este espacio; por ello es necesario aplicar un primer filtro. Las explicaciones más persuasivas de la victoria electoral de Donald Trump son las que inician por reconocer la multitud de factores que influyeron en el resultado, pero proponen una causal mayor –pero no única–, la cual generalmente cae en uno de los dos principales campos: ansiedad económica o racismo.

Si se analizan con detenimiento los resultados electorales y los datos demográficos de las encuestas de salida, resulta claro que la mayor sorpresa de la elección presidencial de 2016 es lo ordinaria que resultó. En esencia, los votantes se apegaron a las líneas partidistas siguiendo un patrón que parece haberse estabilizado desde la elección presidencial de George W. Bush. Hillary Clinton obtuvo el mismo número de votos que Barack Obama en 2012 (casi 66 millones) y Donald

Fotografía: Getty Images / Charles Ommanney

Trump apenas dos millones de votos más que Mitt Romney el mismo año. Por supuesto, la mayor diferencia estuvo en el colegio electoral, en donde Trump ganó seis estados ganados por Obama en 2012, con un margen de victoria menor al 1.2% en cuatro de ellos: Pennsylvania, Wisconsin, Michigan y Florida.

Si aceptamos que la inmensa mayoría de los votantes de Romney votaron por Trump, tenemos un bloque de sesenta millones de sufragios que no requieren de una explicación diferente de las que ya se han propuesto para entender las motivaciones del votante republicano promedio: conservadurismo social, resistencia a la acción gubernamental y los impuestos, militarismo, y lo que el académico Ian Haney López llama "dog whistle politics", la política del silbato para perros, que consiste en envolver la crítica a las políticas públicas redistributivas (vivienda, asistencia social, etcétera) en un discurso que apela a un sustrato racista compartido entre el enunciante y su audiencia.

En un sentido estricto, la explicación del éxito electoral de Trump debería buscarse en el margen de poco más de dos millones de votos que marcan la diferencia entre el neoyorquino y Romney a nivel nacional, así como en los poco más de doscientos mil votos que dieron la victoria a Trump sobre Hillary Clinton en Michigan, Wisconsin y Pennsylvania. Un estudio de Working America, el brazo político-electoral de la Federación Estadounidense del Trabajo (AFL-CIO), halló que una buena parte de esa explicación se encuentra en dos factores. Por un lado, un pequeño pero estadísticamente importante número de electores afroamericanos que votaron por Obama se abstuvieron de votar por Clinton, lo cual, especialmente en ciudades como Detroit, Milwaukee y Filadelfia, contribuyó al triunfo de Trump en sus estados.

Por otro lado, poco más de un millón de votantes blancos de clase trabajadora que apoyaron a Obama en 2012 y 2008 votaron por Trump en 2016. En conversaciones cara a cara, estos votantes manifestaron su enorme frustración ante su desolador panorama económico en sus comunidades, la falta de oportunidades, la crisis de adicciones, etcétera.

El discurso de odio y la exacerbación de los peores instintos racistas de la sociedad estadounidense por parte de Trump y muchos de sus simpatizantes no puede ni debe dejarse de lado, pero el análisis de los intersticios electorales sugiere un menor peso del racismo en el resultado electoral. Esto debido a la constatación de que los destinatarios del discurso de exclusión –afroamericanos, latinos e inmigrantes– no le pasaron factura a su promotor; así como al hecho, tanto o más significativo, de que muchos de los votantes blancos de clase trabajadora que cambiaron su voto en 2016 habían votado dos veces por el primer presidente afroamericano de la historia.

¿Qué hacer para contrarrestar el desplazamiento de algunos votantes hacia Trump y la relativa apatía de sectores que en teoría deberían estar más movilizados contra su discurso y políticas sociales? Esa es la actual disyuntiva del movimiento progresista en Estados Unidos. Algunos analistas, como el veterano activista de derechos civiles Steve Phillips, proponen de plano olvidarse de estos votantes fluctuantes, en su mayoría blancos de clase trabajadora que tanto pueden votar por una agenda económica progresista como dejarse llevar por sus prejuicios raciales o creencias religiosas en las casillas. Para Phillips, autor de *Brown is the new white*, ya existen los números suficientes para asegurar una poderosa coalición progresista ahora y en los años por venir. Lo único que se tiene que hacer es promover y facilitar el voto de latinos, afroamericanos y otras minorías para que, junto con el voto de los blancos progresistas, se puedan alcanzar mayorías legislativas con una agenda de justicia económica y racial.

En este razonamiento, el mayor obstáculo para materializar esta coalición son las campañas de supresión del voto que llevan a cabo políticos republicanos, así como el desdén de la élite progresista blanca hacia las llamadas "comunidades de color". El problema de esta visión es que descansa sobre una hipotética homogeneidad política al interior de las minorías étnicas y raciales. Si bien no se debe soslayar el peso de los intentos por suprimir el voto, la elección de Trump destruyó el mito de una comunidad progresiva "de color" a punto de irrumpir electoralmente con todo su potencial transformador.

La campaña presidencial de Bernie Sanders y el crecimiento exponencial de grupos explícitamente clasistas, como los círculos de estudio de la revista *Jacobin* y los Socialistas Democráticos de América, hablan de un ambiente propicio para iniciar la lenta pero necesaria recaptura de los sectores de clase trabajadora que sucumbieron al encanto del populismo de derecha. La idea no es supeditar toda lucha identitaria al "papel determinante de la economía", como siempre ha propuesto la vulgata marxista, sino construir la solidaridad interracial a partir de la comunidad de intereses y como producto de la socialización política, como lo han venido haciendo algunos sindicatos, como SEIU en los servicios y USW en la industria metalúrgica, organizaciones de trabajadores no sindicalizados y redes de solidaridad, como el movimiento del reverendo Barber en Carolina del Norte.

Si algo ha dejado en claro la elección de noviembre de 2016 es que el cambio demográfico no es destino y el movimiento progresista no puede sentarse a esperar que los blancos dejen de ser la mayoría en Estados Unidos allá por 2044. El antídoto al trumpismo excluyente, xenófobo y violento es la reconstrucción de la solidaridad por encima de las barreras raciales, étnicas y lingüísticas, con base en la defensa de los intereses comunes de las clases más desfavorecidas. –

ALBERTO FERNÁNDEZ es director del área de participación latina y comunitaria de Working America.

ARTES VISUALES

Warhol y el fascismo de la banalidad

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Que vivimos tiempos warholianos se ha dicho desde hace tiempo. Idólatras de la mercancía, devotos de la fama, buscamos ser el publicista perfecto para la marca que somos. Todos seremos famosos durante quince minutos, profetizó Warhol para jugar después con su pronóstico. ¿Será que dentro de quince minutos todos seremos famosos? ¿O que quince serán las personas famosas en el futuro? Nadie se atrevería a cuestionar el influjo de Warhol en la escena del arte de nuestro tiempo. Sus imágenes y sus imitadores están por todas partes. Pero no solamente se percibe su presencia en las galerías y en los museos. Warhol está en el punk y en las revistas que glorifican a los famosos, en los *likes* de Facebook y en los *reality shows*, en la autopromoción como forma de vida, en las epidemias de imágenes, personajes, escándalos. Y en la política, el warholismo reina sin adversarios.

Con la convicción de convocar a un profeta de nuestro tiempo, el Museo Jumex se ha entregado al artista de Pittsburgh. En el magnífico espacio de Chipperfield pueden contemplarse las imágenes que han formado el tapiz de nuestro paisaje. Ahí están los colores elementales, los mosaicos de repeticiones, los retablos de famosos, sus chillantes piezas decorativas, sus fallidas estampas de la tortura. Las serigrafías que juegan con los matices de rostros y de flores y que se han convertido en lugar común de nuestra cultura visual. Ahí están sus Jackies y sus Maos; sus autorretratos, sus choques y sus sillas eléctricas. Vale advertir que el visitante no se podrá sacar una selfi delante del azulejo de Marilyns o frente a la pareja de Elvis. Los Warhol son, naturalmente, marca registrada. Tal vez sea frustrante para algunos no encontrarse con las cajas de detergente en las que Arthur Danto identificó el cadáver del arte.

ANDY WARHOL. ESTRELLA OSCURA
estará abierta al público en el Museo Jumex hasta el 17 de septiembre.

Pero hacerle la visita hoy a Warhol tiene un sabor amargo. De la bobería de sus imágenes queda ya poco caramelo. No hay asombro posible al encontrar lo ubicuo. A Andy no puede contemplársele ya con inocencia. Más que haber hecho realidad su profecía, sufrimos su maldición. Si vivimos tiempos warholianos es porque vivimos tiempos trumpianos. Acercarse a esos retablos es advertir la fundación de la idolatría que nos oprime. La dictadura de la fama, la ablación de la crítica, la trivialización del horror. ¿Por qué sentía atracción Warhol por Mao? ¿Por qué hizo decenas de versiones de su retrato? ¿Por qué pasó su estampa por morados, azules, amarillos, rojos y verdes? ¿Por qué le pintó los labios y las cejas? Porque un día leyó que el dictador chino era el hombre más famoso del mundo. Era el verdadero emperador y merecía culto. Lo que había hecho le daba igual. Su tiranía le tenía sin cuidado. Era famoso. Era el hombre más conocido del planeta y ello lo elevaba a los altares. La fama llamaba a Warhol al acatamiento, a la rendición.

Es que la fama para Warhol no era solo el ideal de la vida, era, sobre todo, el último permiso. Ningún mal puede hacer el famoso. Si eres visto por millones, mereces la absolución y el trofeo. “Eramos famosos, y no existía nada que pudiera derrocarnos”, escribió Janne Teller en su novela *Nada*. “No existía nada que pudiera derrocarnos porque éramos famosos.” La línea la rescata Ixel Rion en un texto que acompaña la exposición de Warhol. La fama como una supremacía que no admite sublevación alguna. La fama como coartada absoluta. No puede dejar de escucharse aquí un adelanto de lo que diría Donald Trump: si eres famoso puedes hacer cualquier cosa. Te dejan hacerlo. Puedes abusar sexualmente de quien te dé la gana y no te dicen nada.

Warhol prefigura el tiempo de Trump: famosos que son famosos porque son famosos; famosos convencidos de que su fama les otorga permiso para satisfacer cualquier capricho. El devo-

Fotografía: Nat Finkelstein

cionario de Warhol es la explícita renuncia a la crítica. Abdicación vestida para la fiesta. Una lata de sopa y un tirano son lo mismo. Una flor es idéntica a una silla eléctrica. Warhol es un demócrata del sinsentido. Somos iguales porque todos bebemos cocacola, dijo. El rico y el pobre, el presidente y el lavaplatos beben el mismo refresco. Todo es igual o, más bien, todo da igual. Es el fascismo de la banalidad.

Ha querido Douglas Fogle, el curador de esta exposición, imprimirle alguna densidad dramática a la obra de Warhol. El título de la muestra da cuenta de esta intención: *Estrella oscura*. Se sugiere que las estrellas no solamente son las actrices populares sino también los astros que dominan nuestras sombras. El argumento de la curaduría es que detrás de la celebración de las guapas se esconde un meditador que se acerca a los misterios de la muerte. El recorrido en el Museo Jumex solicita del visitante una nueva lectura de este devoto de las superficies. Tras el atentado que estuvo a punto de costarle la vida, se sugiere, la obra de Warhol adquiere hondura. La portada del libro que acompaña la exposición es uno de sus retratos de Jackie Kennedy, aludiendo claramente a su tragedia. Fama y muerte, en efecto, rondan toda la obra de Warhol. Estrellas de cine y accidentes; actrices y criminales. No me resulta persuasivo este libreto. Todo lo que toca Warhol queda sin alma. No hay dolor, no hay soledad, no hay alegría, no hay culpa, no hay tragedia. Hay repetición que anestesia. Artificio que cancela cualquier vínculo emocional –ya no digamos espiritual– con la imagen. Warhol es una máquina que ve el mundo como una colección de etiquetas. A pesar de los intentos por darle espesura al diseñador, tiene razón Warhol al hablar de la delgadez de su propio barniz: veo la superficie de las cosas. Si rascas un poco, te darás cuenta de que no hay nada. –

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ (Ciudad de México, 1965) es politólogo. Escribe en *Reforma*. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

EXPLORACIONES

En el infierno verde

ÁLVARO COLOMER

Resulta curioso que en esta época en que se viene anunciando la muerte de la literatura de viajes surja un movimiento de reivindicación de las hazañas protagonizadas por los trotamundos más intrépidos de todos los tiempos: los exploradores. Si hace apenas cinco años que William Ospina entregó el último volumen de su colosal trilogía sobre la Conquista de América y la búsqueda de El Dorado (*Ursúa*, *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos*), y si hace apenas uno que Alicia Kopf sorprendió a la crítica con su alegoría sobre las primeras expediciones árticas y antárticas en *Hermano de hielo* (Alpha Decay), ahora asistimos a la recuperación, con motivo del estreno de la película homónima dirigida por James Gray, de *z, la ciudad perdida*, una no ficción de David Grann, periodista de *The New Yorker*, en la que se recupera una de las figuras más emblemáticas de la exploración amazónica: Percy Harrison Fawcett. Es como si, instalada en el imaginario colectivo la idea de que ya no quedan territorios vírgenes en el planeta, los escritores hubieran decidido mirar al pasado para seguir hablando de esa épica del viaje hoy en peligro de extinción. Porque, como dice la nieta de Fawcett en este libro, "en sus tiempos, uno podía marcharse con el fin de descubrir alguna parte recóndita del mundo. Ahora, ¿a dónde se puede ir?".

Obsesionado con la búsqueda de restos arqueológicos que demostraran la existencia de una civilización avanzada en el corazón del Amazonas, el coronel Fawcett no solo se convirtió, a principios del siglo XX, en uno de los exploradores más destacados de la

Royal Geographical Society, sino también en uno de los aventureros más famosos de todos los tiempos. Este ex espía del gobierno británico, soldado de la Primera Guerra Mundial y aficionado al ocultismo se enfrentó a los estamentos científicos de la época al asegurar que, en los aledaños del río Xingú (Mato Grosso, Brasil), se alzaba una ciudad cuya mera existencia cuestionaba la "teoría del determinismo ambiental" imperante en aquel entonces, según la cual las condiciones de vida en la selva imposibilitaban el desarrollo de cualquier tipo de sociedad avanzada. El británico dedicó toda su vida a la búsqueda de ese lugar, que bautizó con el lacónico nombre de Z, y su empresa fascinó a tanta gente que la industria del cine y las cabeceras de los periódicos estadounidenses la convirtieron en un asunto de interés internacional. Millones de lectores compraban la prensa a diario para seguir las andanzas de aquel militar a quien, paradójicamente, tomaban por loco.

Tras varios intentos fallidos y ya convertido en el hazmerreír de la comunidad científica, Fawcett se internó en la selva en 1925 y nunca volvió a salir. Esta desaparición engrandeció su leyenda del mismo modo que lo hicieron las de Andrew Irvine en el Everest, John Franklin en el ártico canadiense y Roald Amundsen en el mar de Barents, y provocó la aparición de cientos de exploradores dispuestos a partir en su búsqueda (en su mayoría, tampoco regresaron), amén de generar toda una industria del entretenimiento cultural que se podría resumir con tres ejemplos: Arthur Conan Doyle se inspiró en las teorías de Fawcett para escribir *El mundo perdido* (1912), novela en que unos exploradores encuentran una meseta todavía habitada por animales prehistóricos; en el álbum de Tintín *La oreja rota* (1937), Hergé hace que su famoso reportero localice en el Amazonas a un aventurero británico (presunto *alter ego* del coronel desaparecido) al que comenta: "Todo el mundo lo da por muerto", y a lo que el otro responde: "He decidido no regresar a la civilización"; y en la novelita *Indiana Jones y los siete velos* (Rob MacGregor, 1991) el hollywoodense arqueólogo localiza a Fawcett en la mitad de la selva y juntos demuestran la existencia de Z. El hecho de que la cultura popular se siga ocupando de aquel explorador indica sobradamente la fama que sus aventuras tuvieron y siguen teniendo.

Así pues, fascinado por la leyenda tanto del hombre como de la ciudad, David Grann emprendió en 2005 su propio viaje al Amazonas y escribió este libro en el que, además de reflexionar sobre la obsesión y el espíritu de aventura, dibuja un retrato estremecedor de la degradación a que ha sido tradicionalmente sometido el pulmón del planeta a manos no solo de los conquistadores (cuya destrucción se revela aquí mucho mayor de lo que todos habíamos imaginado), sino también de esos industriales del caucho, de la soya, de la madera y de la energía que, además de esquilmar la selva, la han convertido en la mayor fábrica de esclavos del siglo XX y, también, XXI. Paralelamente a esta denuncia, Grann analiza el cambio de paradigma científico producido a lo largo de las últimas décadas, prestando especial atención a la investigación realizada por el arqueólogo Michael Heckenberger, cuyo trabajo ha demostrado que el Amazonas no es ese "paraíso ilusorio" del que habló su colega Betty Meggers, sino un lugar donde realmente existió cuando menos una sociedad capaz de construir carreteras, levantar puentes y crear núcleos urbanos más poblados que la mayoría de las ciudades europeas del medievo. Por tanto, una civilización en toda regla que, de no haber sido brutalmente aniquilada, podría habernos ayudado a comprender que el ser humano puede vivir –y evolucionar– en perfecta comunión con la naturaleza. –

ÁLVARO COLOMER (Barcelona, 1973) es escritor. Este año apareció su novela *Aunque caminen por el valle de la muerte* (Literatura Random House).

MÉXICO

Los otrora bastiones

JAVIER APARICIO

El 4 de junio de este año hubo elecciones locales en Coahuila, el Estado de México, Nayarit y Veracruz. Sin lugar a dudas, las contiendas por las gubernaturas del Estado de México y Coahuila destacaron por lucir sumamente reñidas: al cierre de las campañas el promedio de las encuestas publicadas sugería que cualquiera de las dos candidaturas punteras podría llevarse el triunfo. De entrada, estos niveles de incertidumbre sobre los resultados fueron una novedad para ambas entidades.

Hoy que conocemos los resultados de estas elecciones vale la pena ponerlos en contexto, ya sea con respecto a otras elecciones recientes, como con respecto a los resultados obtenidos seis años atrás en esos mismos estados. Si se analizan las elecciones para gubernaturas realizadas entre 2003 y 2016, el promedio de votos obtenidos por el PRI y, en su caso, partidos coaligados, fue del 40.6%, un nivel suficiente para mantener el poder en la mayoría de las entidades. Por otro lado, solo una de cada diez contiendas en este periodo tuvo un margen de victoria menor a tres puntos porcentuales: la mayoría de las elecciones para gubernaturas en México no son reñidas. Sin embargo, estas tendencias han cambiado en fechas más recientes: en las doce elecciones para gubernaturas realizadas en 2016 el voto promedio del PRI cayó al 36.6%, con lo cual perdió en siete de esas doce contiendas. En ocho de doce contiendas de 2017 hubo alternancia.

Si analizamos los resultados anteriores en el Estado de México y Coahuila, el contraste con las pasadas

Fotografía: ProcesoFoto / Octavio Gómez

elecciones también es muy claro. Tan solo hace seis años, Eruviel Ávila y Rubén Moreira consiguieron el 62 y el 61% de los votos en sus respectivas entidades. El pasado 4 de junio, sin embargo, Alfredo del Mazo consiguió el 33.7% de los votos en el Estado de México y Miguel Riquelme el 38.2% en Coahuila. Tras esta comparación, al menos una conclusión es clara: dos de los otrora bastiones del PRI ahora lucen como entidades promedio en términos de su votación y márgenes de victoria.

Otra lección que nos deja el análisis comparado de las elecciones locales recientes en México es que los otrora bastiones del PRI no son imbatibles. Hoy por hoy, el PRI ya no gobierna la mayoría de las entidades y solo quedan cinco estados donde no ha habido alternancia: Coahuila, Colima (con dos elecciones anuladas), el Estado de México, Hidalgo y Campeche. Existen al menos tres claves para arrebatar un estado bastión de cualquier partido: una coalición opositora tiene más probabilidades de éxito que una candidatura de un solo partido o un escenario con voto fragmentado, una candidatura convincente o de gran calidad y, por último, una campaña profesional con los menores errores posibles.

Todo lo dicho hasta aquí no impide afirmar que estas elecciones también han dejado notas de pesimismo desde diversas aristas. Durante las campañas, las encuestas de opinión señalaban que una abrumadora mayoría del electorado en ambas entidades consideraba deseable un cambio del partido en el gobierno. A pesar del desgaste que ha sufrido, de los numerosos escándalos de corrupción, de la inseguridad y la violencia, el partido en el gobierno logró retener dos de sus tradicionales bastiones. ¿Cómo fue posible que hubiera un claro hartazgo y deseo de cambio y que, al mismo tiempo, no haya habido alternancia en estas entidades?

Dos posibles respuestas son que el gobierno federal y el local intervinieron de tal manera en las campañas –ya sea mediante el uso de programas sociales o a través de un despliegue inusual de secretarios y otros funcionarios en una u otra entidad– que fueron capaces de revertir una probable derrota en las urnas. Por otro lado, también es posible que la alternancia no haya llegado a estas u otras entidades porque el partido en el gobierno recurrió a una maquinaria de movilización masiva de votantes –ya sea mediante la compra o la coacción del voto– el día de la jornada electoral.

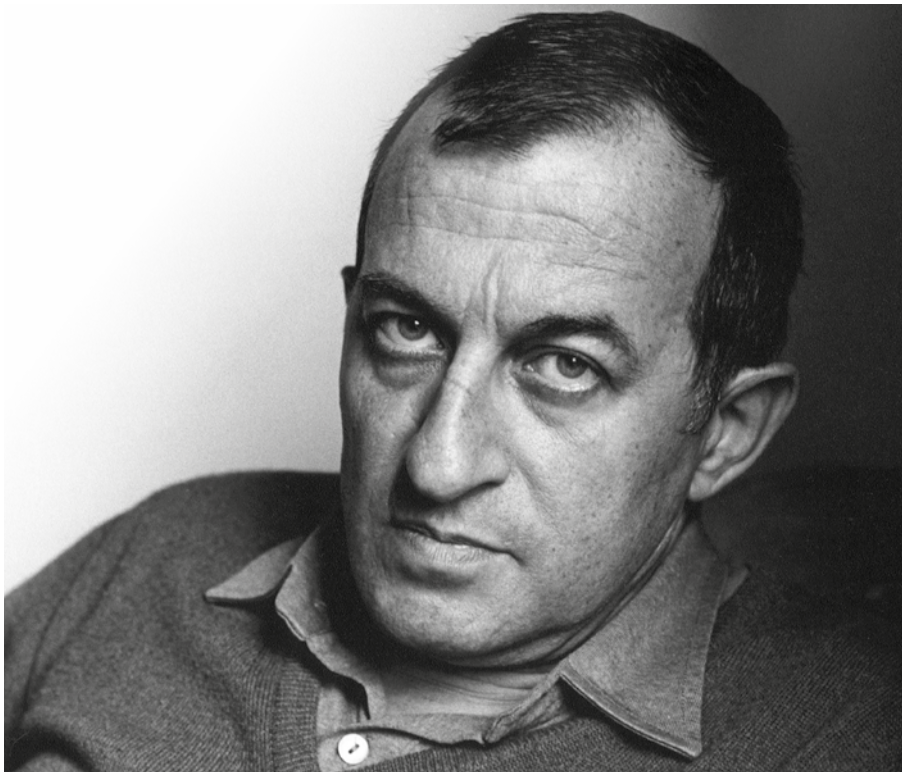
¿Existe evidencia directa de lo anterior? No del todo, puesto que demostrar la compra o coacción del voto es sumamente difícil. Sin embargo, se pueden poner a prueba estadística algunas hipótesis: de haber ocurrido una movilización masiva de votantes es más probable que esta ocurra en zonas rurales y marginadas que en zonas urbanas.

Si analizamos los resultados del PREP del Estado de México a nivel casilla destacan varios patrones preocupantes. El primero tiene que ver con los niveles de participación electoral. La participación promedio por casilla fue del 51.3%. Sin embargo, si distinguimos entre casillas urbanas y rurales, la participación promedio en las primeras fue del 49.2%, mientras que en las rurales fue del 57.6%, es decir, una participación 8.4 puntos porcentuales más alta en las casillas rurales que en las urbanas.

Como ya se dijo, el cómputo distrital del Estado de México resultó en el 33.7% de votos para Alfredo del Mazo y el 30.9% a Delfina Gómez, una diferencia promedio de nueve votos por casilla en favor del primero. Sin embargo, si separamos los resultados por el tipo de casilla, se observa que en las casillas urbanas Delfina Gómez ganó por 9.12 votos en promedio, mientras que en las rurales perdió por 63 votos. La ventaja en casillas rurales del PRI, el 25% del total, fue suficiente para revertir el triunfo de Morena en las casillas urbanas.

Si bien evaluar la veracidad o legalidad de estas posibles explicaciones escapa a los alcances de este artículo, es claro que toca a los partidos políticos derrotados producir las correspondientes impugnaciones donde provean pruebas de sus acusaciones. Hay quien opina que cualquier impugnación será ignorada de entrada por los tribunales. Opino lo contrario: toca a los actores políticos poner a prueba los nuevos dispositivos de la reforma electoral de 2014 y la nueva integración de la Sala Superior del TEPJF. Y toca a los árbitros de última instancia señalar claramente cuáles de estos agravios tienen mérito, cuáles no y explicar el porqué. De ello depende el futuro de la calidad de las elecciones en México. –

JAVIER APARICIO es profesor-investigador de la División de Estudios Políticos del CIDE. Escribe una columna en *Excélsior*.



LITERATURA

La expatriación escogida o el valor de errar

JORDI GRACIA

Las crónicas de su entierro en el cementerio civil de Larache, el lunes 5 de junio, no mencionan la presencia de destacadas autoridades políticas, culturales o literarias de la España contemporánea porque no hubiesen pintado nada ahí, escuchando compungidas al escritor e íntimo amigo José María Ridao mientras leía un párrafo de *En los reinos de taifa*. Hubiese sido un sarcasmo insuperable, a la altura de los suyos dispersos por una enloquecida y desatada *Carajicomedia*. La expatriación física o moral ha sido extraordinariamente rentable en la cultura española del siglo XX, y Juan Goytisolo pateó el mismo territorio sin ley y sin tierra que escogieron un buen puñado de creadores cruciales y de feliz memoria, desde Picasso o Buñuel hasta Cernuda, Juan Benet, Jorge Semprún o Rafael Sánchez Ferlosio. La derecha más obtusa ha entendido que en esas peripecias extravagantes dentro y fuera del territorio nacional latía una sospechosa forma de desdén por España o la cultura española cuando el motor de esas itinerancias geográficas o morales ha sido el alto respeto por la pluralidad de culturas hispánicas: unas fueron arrasadas y vejadas por la hegemonía militar del nacionalcatolicismo y otras simplemente despreciadas por la mesopotámica cultura católica española.

A Juan Goytisolo no lo han incinerado en Marruecos porque allí es ilegal. Quizá vale esa mínima anécdota como metáfora de un destino de disidencia condenada al incumplimiento o a un nivel de frustración congénita, como tantos artículos del Goytisolo anciano expresaron año tras año en las páginas de *El País*: destilaba insatisfacción con la cultura en España y con su papel en ella. No es un reproche aunque suene a reproche: es una condición del intelectual que accede a una ciudadanía indócil a la ley de la sangre, la tierra, la educación, la patria o la familia. Un extrañamiento tan radical como el de Juan Goytisolo dispone al escritor a la intemperie en cuanto que se autocrea y se gestiona fuera de los parámetros y las coordenadas del resto de su comunidad cultural. Puede haber ahí un secreto afán de mortificación punitiva de sí mismo: la lengua se descompone y disuelve no sé si rizomáticamente pero sin duda sí intencionadamente como pura expresión de la exclusión de sí mismo, quizá egotista, quizá endiabladamente amorosa, quizá solo resignada a no ser jamás lo que la sangre y el lugar exigían que fuese.

Cuando los lectores veíamos en los últimos años que sus libros seguían una itinerancia alarmante por sellos editoriales menores o minoritarios, y hasta sospechábamos una progresiva indiferencia del lector actual hacia su obra, no entendíamos solo que el lector español había perdido entidad literaria o de golpe se hubiese hecho perezoso. De hecho, yo sentía que su obra entraba en una suerte de ensimismamiento autodestructivo o una suerte de obsesiva ratificación de sí mismo como expatriado de todo, cada vez más perentoriamente ligado a un mundo distante del mundo

Fotografía: Getty Images / Ulf Andersen

mayoritario. Su experimentación confidencial en *Telón de boca*, sin embargo, llegaba después de al menos dos buenas novelas de combate y contundencia estilística y literaria, y ninguna de las dos atenuaba la honradez de una voz urgida por contar con sarcasmo el final del comunismo (*La saga de los Marx*) y con piedad la guerra de Sarajevo, incluida la inquietante analogía con la Guerra Civil (*El sitio de los sitios*).

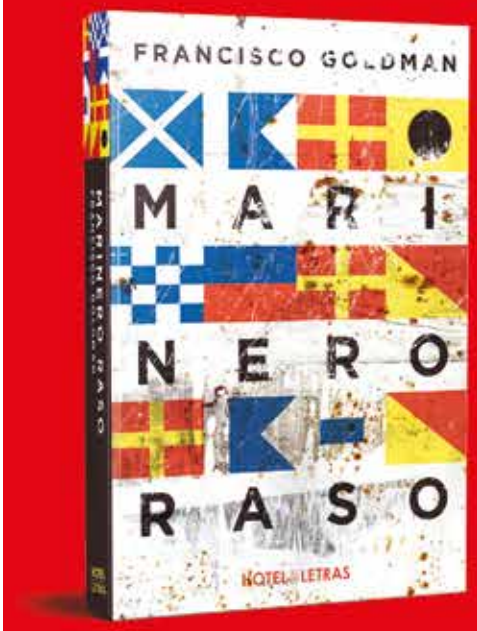
Es verdad que la larga vida de Goytisolo fuera de España comportó una desconexión progresiva y acentuada de sus avatares cotidianos, y quizá sintió de veras que todo *iba a menos*, como escribió en un célebre artículo y como muchos jalearon entonces, a medias entre la convicción y el puro oportunismo. No creo que fuera a menos la cultura española cuando escribió eso (ni después), pero sí estoy seguro de que lo escribió convencido y concienzudamente seguro de lo que decía, a pesar de haber vivido en la espesura de la peor España del siglo XX y haber crecido en medio de la obscena revancha de una victoria franquista. Pero se fue sin regreso a mediados de los años cincuenta, aunque sus regresos fueron constantes a la materia de la memoria sentimental y literaria para sabotear un canon hemipléjico o como mínimo sectario. La dispersión de sus lecturas fue premeditada porque las deficiencias del presente moral estaban enterradas en malas lecturas antiguas o las proscripciones de autores que hoy nadie discute como centrales de nuestro presente, desde *La Celestina* a la relevancia del islam en nuestra cultura, desde el Cernuda de la condena y el rencor hasta el repudio a la hipocresía moral y sediciosa de un catolicismo desvergonzado (incluida la alta influencia de un Américo Castro salvador). En sus *Crónicas sarracinas* o sus violentos ensayos de *El furgón de cola* se perfila el rastro de un rostro a veces crispado, muy a menudo irritado e irónico, pero tenía razón: la tiene su mejor literatura narrativa pero también el instinto de la extraterritorialidad para aprender a errar en libertad.

"Hay hechos que a fuerza de ser esperados, cuando ocurren al fin, pierden toda impresión de realidad" (empezaba así la poderosa necrológica "In memóriam FFB, 1892-1975") y hay otros que, a fuerza de ser esperados, cuando ocurren al fin, ratifican un mapa más justo. Hoy me desconsuela la información que aporta *El País* del 10 de junio en torno al sueldo que recibió el escritor del periódico en los últimos diez años –Cebrián exhibe una muy alta estima por Goytisolo en sus memorias–, además de la aceptación depresiva del Premio Cervantes de 2014 como auxilio económico, a pesar de haberlo repudiado con anterioridad. Pero no creo que la dolorosa vejez precaria de un escritor de primera fila haya de modificar lo que ha sido Juan Goytisolo para la cultura democrática española: el espolón y la lanza incansable contra sus opresiones, hipocresías y docilidades turiferarias. La crítica cuajó primero contra él, tras superar una juventud narrativa de poca entidad pero alta fiebre. Juan Goytisolo se adueñó poco después de sí mismo, a los treinta y tantos, con la trilogía novelesca que abre *Señas de identidad* y que cierra un dúo autobiográfico magistral, *Coto vedado* y *En los reinos de taifa*. Fueron parte del laboratorio que hizo de nosotros, nuevos y viejos entonces, peones de una cultura democrática más exigente y menos intolerante, más permeable a la heterodoxia y más comprometida con la restitución de la pluralidad de rutas y modos de vivir una ciudadanía europea que, en su caso, estuvo anclada en una maurofilia que acabó siendo irrenunciable, aunque le obligase también a renunciar a su propia incineración. –

JORDI GRACIA es catedrático de literatura de la Universidad de Barcelona. En 2016 publicó *Miguel de Cervantes. La conquista de la ironía.*

OCEANO
www.oceano.mx
Libros de los que todo el mundo habla.

MARINERO RASO
DE FRANCISCO GOLDMAN



Goldman satiriza sin condescender nunca… Las verdades de *Marinero raso* son siempre verdades del corazón, las únicas que importan.

ROBERT HOUSTON, *THE NEW YORK TIMES*

HOTEL DE LAS LETRAS

DIARIO INFINITESIMAL

Un expreso, cortado, por favor

El néctar negro de los sueños blancos.
Baudelaire

HUGO HIRIART

Un expreso, cortado, por favor. La frase se oye ahora por todas partes en Estados Unidos. Desde hace relativamente poco, es uno de los más marcados cambios en cultura gastronómica en el país. Hace unos quince años casi no se oía. La gente tomaba, y en grandes cantidades, el llamado con justicia "café americano", en tazas grandes, aguado.

Ahora no, ahora muchos beben expreso o capuchino o café latte, y hay grandes cadenas, como Starbucks, originada de Seattle, pero está lejos de ser la única, que lo expenden. A pesar de eso, el café americano sigue siendo el de mayor consumo, pues este es un pueblo bebedor incansable de café.

Que la gente beba expreso no significa, sin embargo, que su cultura de café sea profunda o siquiera suficiente.

No tener cultura de café quiere decir no ser exigente en la apreciación del expreso que uno toma, que le de igual uno que otro, que, en una palabra, no sepa apreciar. El conocedor, como en los toros o en el teatro o en el restaurante francés, es crítición, difícil de complacer plenamente.

Un conocedor de expreso advierte en la manera de preparar el café al menos los siguiente elementos: que el agua esté calentada a correcta y precisa temperatura, que sea expelida por la máquina a una presión adecuada durante un tiempo riguroso, ni más ni menos, que pase por buen café, correctamente tostado y molido, rico, delicado, y luego que caiga sobre esto, en cantidad exacta, la proteína, esto es la blanca y espumosa crema.

Exigentes, los italianos, maestros absolutos en cultura del *espresso*, como dicen ellos, y fabricantes expertos de esas hermosas máquinas que lo preparan.

Interrogado Ennio Ranaboldo, director de Lavazza en Estados Unidos, acerca de cómo podía describir una perfecta taza de café, respondió con precisión, sin romanticismos: el agua debe ser calentada entre 194 y 203 grados Fahrenheit, después lanzada a nueve barras de presión, aproximadamente 135 libras por pulgada cuadrada, a través de un cuarto de onza de café finamente molido entre veinticinco y treinta segundos, obteniendo exactamente una onza de café expreso.

En Estados Unidos cualquier persona –distraída, malhumorada o impaciente– puede, y de hecho lo hace, preparar cafés. En Italia, no, en Italia preparar expresos es una profesión y un arte cuyo ejercicio requiere concentración e inventiva, como todo arte, no un trabajito tedioso para estudiantes que quieren ayudarse mientras se reciben.

Un conocedor de café denuncia horrorizado que en Nueva York con frecuencia se prepara el expreso doble disparando dos veces agua sobre la misma carga de café, cuando todo mundo sabe que precisa dos cargas diferentes de café, es decir, dos expresos en la misma taza. Esa es consideración muy gruesa, una estimación fina de conocedor es, digamos, la del agua que se necesita para preparar un buen café, en este caso el contenido exacto de calcio, que en Nueva York es bajo. El agua perfecta, se dice, es la de Nápoles.

Con esta información en la cabeza busquemos un cafecito, de preferencia de corte europeo, *id est*, con mesas redondas de mármol blanco y sillas con respaldos de madera retorcida de cerezo, pero, a falta de eso, cualquier

café es bueno, hasta los de franquicia, para sentarnos un rato a platicar.

En Harvard Square y sus cercanías hay abundancia de cafés porque donde hay estudiantes hay discusiones y donde hay discusiones hay cafés donde sentarse. En general, donde hay rica vida intelectual hay cafés.

Cuando becaron al gran Renato Leduc su obligación era escribir una monografía sobre el café (para el Instituto Nacional del Café, supongo, siempre rebasado por Colombia en la venta de café). Renato al poco de llegar se puso a trabajar diligente en el encargo. No mucho después empezó a hacer entrega de los resultados de su investigación, detallados informes, que revelaban minucioso conocimiento, del café Les Deux Magots y otros famosos cafés de Saint-Germain-des-Prés y otras partes de la ciudad, pues París –es parte de su encanto– tiene un número inagotable de cafés. Nunca supe qué efecto hizo entre quienes lo becaron esta interpretación del poeta de las instrucciones recibidas.

También Madrid, por fortuna, está lleno de deliciosos y variadísimos cafés, en cualquier calle a donde vuelvas la cabeza localizas uno. Y ahí, en los cafés, como se sabe, cobró cuerpo la literatura española del siglo XIX y el XX. Desde la generación del 98 hasta el apocalipsis de la guerra civil, la vida intelectual se organizó en envidiables, y muy diferentes entre sí, tertulias, en las que a diario se reunían a conversar los escritores. Ortega y Gasset asistía a dos diarias, y con tanto disfrute que alguna vez asentó el deseo de "morir en una tertulia".

No hay institución más civilizada y civilizadora que el café, aseguraba mi abuelo, que asistió durante cincuenta años sin parar a su tertulia de la Flor de México, en 16 de septiembre y Bolívar, y en cuyas mesas de mármol blanco y vistosa pastelería francesa me inicié en muy temprana infancia en la vida de café. –

HUGO HIRIART (Ciudad de México, 1942) es filósofo, narrador y dramaturgo. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

AGENDA

JULIO

LITERATURA

RECORDAR A GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Sergio González Rodríguez, uno de los escritores que mejor han abordado la violencia en México, falleció el pasado 3 de abril. El 4 de julio será recordado en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes por Salvador Camarena, Christopher Domínguez Michael, Leonardo Tarifeño y Juan Villoro.

ARTE CONCEPTUAL

ABAROA EN RETROSPECTIVA

Abaroa fue uno de los primeros artistas en incursionar en el arte conceptual en México. En el Museo Amparo permanecerá abierta al público hasta el 2 de octubre la exposición *Eduardo Abaroa. Tipología del estorbo*, una selección de veinte piezas creadas desde los noventa hasta la fecha.

ARTES ESCÉNICAS

DISCUTIR EN EL PARQUE

El dramaturgo Edward Albee escribió *La historia del zoológico* en 1958. En 2004 escribió un segundo acto, *En casa en el zoológico*. Dos hombres de ideas opuestas conversan en un parque. En el Foro Shakespeare, hasta el 27 de agosto, se ponen en escena ambas obras en *En casa en el zoo*, bajo la dirección de Víctor Weinstock.

ARTES ESCÉNICAS

ENTRE MONTAJES

Basada en *Efter repetitionen*, de Ingmar Bergman, un director de teatro monta una obra de August Strindberg. Después del ensayo de la puesta en escena el director recibe la visita de dos mujeres, una joven actriz y una actriz retirada. Ambas serán testigos de las reflexiones del director sobre el teatro, el amor y la comedia. *Después el ensayo* estará presentándose hasta el 10 de septiembre en el Centro Cultural del Bosque.

CINE

Vulnerar

ADRIANA DÍAZ ENCISO

Recientemente, por casualidad, vi dos películas unidas por un hilo común, pese a sus claras diferencias. Aunque a una coincidencia no hay que darle peso indebido, esta me condujo a algunas reflexiones. La primera cinta es *Lady Macbeth* (2016), nueva adaptación de la novela *Lady Macbeth de Mtsensk*, de Nikolái Leskov, publicada originalmente en 1865. El director es William Oldroyd.

Se trata de un filme correcto, con una cabal asimilación de elementos visuales, sonoros y narrativos de lo que llamamos buen cine, si bien los personajes (con excepción de la esclava Anna) son un tanto unidimensionales. Lo que llamó mi atención fue cómo aquello que en la novela es la pasión que despierta en Katherine, la protagonista, el peón Serguéi (Sebastian en el filme), un aventurero con fama de donjuán, se convierte aquí en la pasión que le despierta el hombre embrutecido que ha ingresado en su habitación con la intención de violarla, y que dista mucho de parecerse al encantador seductor original. La escena en que Katherine entra en contacto por primera vez con los sirvientes también se transmuta, de una de juegos no exentos de saña en un espacio de burda camaradería, a la que la joven forzada al aislamiento se ve tentada a unirse, en una de brutalidad y humillación auténticas cuya víctima es Anna. Sebastian agrede también a Katherine, con un alarde manifiesto de violencia que en nada se parece a sus intentos de seducción en la novela.

Sin duda el donjuán y el violador comparten un signo predatorio, pero no son lo mismo. Que una mujer se rinda ante los trucos de un tenorio profesional no guarda relación alguna con la pasión súbita de una mujer por quien está a punto de violarla. El salto cualitativo es enorme y me pregunto si el director, pese a que el filme es de época, consideró que un público contemporáneo necesitaba un elemento de atroz violencia sexual para considerar plausible, o paladeable, la historia. Y de ser así, ¿por qué?

Salí de ver el filme, deprimente y más bien anodino pese a su virtuosismo visual y técnico, haciéndome esta pregunta.

Lo que vi al día siguiente le dio a mi pregunta un valor superlativo. *Elle*, cinta de Paul Verhoeven, es un "thriller psicológico" basado también en una novela: *Ob…*, de Philippe Djian. Al parecer la trama del filme le es fiel, con una variación: la profesión de Michèle, la protagonista, que en la versión cinematográfica es directora de una compañía productora de videojuegos de violencia extrema.

La crítica apunta a una hondura en el libro de Djian de la que no tengo por qué dudar. La cinta, sin embargo, que inicia con una escena de violación que se repetirá varias veces en la memoria de Michèle, es tan banal como cualquier thriller hollywoodense. Nos muestra a su protagonista rodeada de personajes inanes, la mayoría desagradables o estúpidos, y pródigos en clichés: el exmarido, escritor fracasado, la sobreactuada nuera disfuncional, el vecino encantador que resulta siniestro, los hipócritas cristianos. El final feliz de humor negro es igualmente trillado. No hay en toda la película un ápice de hondura o inteligencia que exija la recreación circular de una violación, con toda la brutalidad que conlleva.

¿Por qué reaparece la violación y, de hecho, se multiplica? Porque a Michèle le termina gustando.

La puerilidad absoluta del filme y sus personajes, su intrínseca *fealdad* y su violencia me sumergieron como espectadora en una marea tóxica. Si la terminé de ver fue preguntándome si habría algo al final que justificara lo que veía, que me ayudara a entender. Pero no, no hay nada. El horror y la degradación, en su sentido más pleno, son enteramente gratuitos.

Isabelle Huppert ha protagonizado muchos filmes controvertidos. Sus personajes a menudo plantean una pregunta dolorosa, abren una ventana a nuestra más insondable humanidad, como es el caso de *La profesora de piano* o *Ma mère* (filme que logra liberar una corriente emocional de la jaula de la fractura psíquica de Bataille). Pero en *Elle*, y pese al impecable desempeño de Huppert, no hay más que superficie. Es un filme que no aporta nada a nuestro mundo ni a nuestra visión del mundo. Es entretenimiento.

Por supuesto, el entretenimiento existe y cumple una función, pero ¿con la violación disfrutable como tema? Quizá más deplorable que la cinta misma sea la nota común en la mayoría de las reseñas en varios países (salvo Bidisha en *The Guardian*), que ensalzan la cinta como gran arte, cine "arriesgado" y "transgresor". Y no sé si en los tiempos que corren tenemos un terror supersticioso a parecer mojigatos, o si realmente alguien puede considerar transgresora semejante banalidad. ¿Transgresora de qué, exactamente? ¿No son más bien la norma esta violencia gratuita y la fascinación por la imagen que la reproduce? ¿No se ha convertido en parte del discurso convencional, particularmente entre la *intelligentsia*, llamar transgresor a lo meramente sórdido, que ha existido siempre?

Pienso en las muchas formas en que se justifica en el planeta entero la violencia contra la mujer hoy día. Pienso entonces en las modificaciones a la trama de la novela original en *Lady Macbeth*; pienso en *Elle*, y me pregunto si algún sabio de la antigua Roma llegó a llamar al espectáculo de *damnatio ad bestias* "transgresor".

Como sabemos, nos convertimos en lo que miramos. En estos tiempos de incontinencia de la mirada, creo que la verdadera transgresión reside en la belleza, y en la restitución de nuestra humanidad. –

ADRIANA DÍAZ ENCISO es poeta, narradora y traductora. Ha publicado once libros. Su novela, aún inédita, *Ciudad doliente de Dios* está inspirada en los poemas proféticos de William Blake.

HISTORIA

"LA HISTORIA VIGILA LA MEMORIA"

DANIEL GASCÓN
entrevista a
TIMOTHY SNYDER

Timothy Snyder (Ohio, 1969) ha investigado la historia del centro y del este de Europa, y de sus catástrofes humanitarias, en libros como *Tierras de sangre* y *Tierra negra*, o en su recopilación de conversaciones con Tony Judt, *Pensar el siglo XX*. Su libro más reciente, *Sobre la tiranía* (Galaxia Gutenberg), es una obra breve y urgente sobre los peligros a los que se enfrenta la democracia pluralista y sobre las maneras y la responsabilidad de defenderla.

Sobre la tiranía es una especie de advertencia. ¿Cómo se pueden evitar los paralelismos exagerados?

No digo que estemos en 1933 en Alemania o en Checoslovaquia. Lo que intento decir es que la historia nos ayuda a expandir nuestra mente, a ver que la realidad no es algo que debamos dar por sentado. Gente no tan distinta a nosotros ha experimentado situaciones políticas muy distintas. Quizá es más una lección para los estadounidenses que para personas de otros lugares. En vez de trazar una analogía, intento extraer lecciones de gente inteligente que ha vivido el colapso de sistemas democráticos. Intento mostrarlo antes de que ocurran malas cosas. No es un libro de historia, es un panfleto político.

En el epílogo habla de dos ideas: la política de la inevitabilidad y la política de la eternidad.

El objetivo del libro es rescatar la historia: traerla hacia nosotros para que podamos usarla. Para eso tengo que decir qué es la historia y qué no lo es. Intento mostrar que no todas nuestras formas de hablar del pasado son históricas. Una manera de hablar del pasado es la política de la inevitabilidad: solo hay un camino en la historia, no se puede alterar el futuro, y todo lo que ha ocurrido en el pasado y va a ocurrir en el futuro se puede interpre-

tar siguiendo un relato más amplio. El comunismo sería el ejemplo clásico. Pero desde 1989 mucha gente decía algo así del capitalismo: sostenían que no hay alternativa, que la naturaleza humana lleva al capitalismo que a su vez conduce a la democracia; la historia ha terminado y todo irá bien. Esa es la política de la inevitabilidad. El problema es que no es cierta. La historia está llena de alternativas y posibilidades. El segundo problema es que cuando vemos que esto no es cierto, cuando algo nos conmociona, saltamos a la política de la eternidad: pensamos en el pasado como algo que sucede una y otra vez, en ciclos. Nuestra nación siempre es inocente, los otros son siempre culpables, los problemas siempre llegan de fuera. Todo se repite. Es la forma de hablar del pasado que tienen los fascistas. Evita que la gente exija, que pida reformas o un futuro mejor, porque el presente parece un momento amenazador. En Estados Unidos temo que pasemos de una de esas cosas a la otra, e intento utilizar la historia para abrir un espacio para el pensamiento político, a fin de pensar de manera adecuada sobre lo que hacemos.

La posverdad es el prefascismo, dice en el libro.

Tendemos a pensar que el escepticismo con respecto a la verdad es un lujo que no tiene consecuencias políticas. Pero sí las tiene. Si no tenemos una idea de los hechos, no podemos tener un debate con sentido; sin él no podemos tener confianza; y sin ella las instituciones básicas de una sociedad son inviables. El desmoronamiento de la creencia en lo factual es muy importante. Así, cuando digo que la posverdad es el prefascismo, pienso en cómo ocurrió la última vez, hace cien años, cuando los fascistas también dijeron que los hechos no eran importantes, que la razón no era importante, que solo contaban la experiencia y el sentimiento, que la comunidad nacional era una comunidad de emoción y pasión y el líder podía entender y representar toda esa emoción y pasión. Hemos olvidado los peligros del escepticismo total.

Muchos expertos critican el uso del concepto de fascismo para hablar de los movimientos populistas.

No diría que estamos al borde del fascismo. Ni siquiera diría que Trump es un fascista. Faltan cosas: no hay un partido fascista, no hay uniformes, ni tantos desfiles. Pero es importante que la categoría de fascismo esté en la discusión. Si decimos simplemente "no es fascismo", ya no prestamos atención a los síntomas de fascismo que deberíamos tener en mente. Por ejemplo, hay fascistas estadounidenses, y es incuestionable que esas personas votaron por Trump y se alegraron de su victoria. O podemos pensar en la forma en que Trump se comportó como candidato: en sus mítines utilizó tácticas típicas de las formas fascistas de comunicación. Señalaba quién estaba dentro y fuera de la comunidad nacional. Le gustaba que los que protestaran fueran insultados y expulsados. Utilizaba seguridad privada, que es también algo familiar en la historia del fascismo en los veinte y treinta. Y en el cargo hace cosas que también son inquietantes. Por ejemplo, la destitución de James Comey como director del FBI. Utilizó al jefe de su guardia personal para hacerlo. En la historia del fascismo, la guardia personal siempre está contra las fuerzas del orden. En segundo lugar, lo despidió porque Comey no le prometió lealtad. Y esa lealtad tiene que ver con el culto al líder que está en el centro del fascismo. Hitler pedía lealtad. Era el Führer porque las obligaciones hacia el Estado desaparecían y se veían sustituidas por las obligaciones con respecto a él. Es importante tener el concepto de fascismo en el debate para hacerse una idea de los riesgos.

Algunos movimientos populistas vienen acompañados de revisionismo, de debates entre la historia y la memoria.

Tiendo a estar muy a favor de la historia y a sospechar mucho de la variedad de cosas que llaman memoria. La historia es necesariamente autocrítica porque si la haces con honestidad encuentras argumentos y conclusiones que no esperabas o contradicen los tuyos, llegas a conclusiones incómodas para ti. La memoria tiende a no ser crítica, a apoyar el *statu quo* y a cerrar la discusión en torno a un tema. Uno de los grandes problemas con el ascenso del nacionalpopulismo es el triunfo de la memoria sobre la historia. Muchos de los populistas, sea en Reino Unido, Francia, Holanda o Estados Unidos, utilizan una memoria de una época en que el país estaba solo, orgulloso, donde había menos inmigrantes, confusión y globalización. Un historiador diría: pero ese momento del que hablas nunca existió. Tener una memoria de un momento que nunca existió te puede llevar a políticas muy peligrosas. La elección de Trump o el Brexit son ejemplos. ¿Cuándo fue América grande, exactamente? ¿Cuándo hubo un momento en que Gran Bretaña estaba sola en el mundo? Nunca existieron esos momentos. Gran Bretaña era un imperio o parte del proceso de integración europea. La historia vigila la memoria.

Usted es historiador pero en los últimos años ha asumido un papel de intelectual público. ¿No le preocupa que una actividad pueda eclipsar a la otra?

Cuando escribo historia y doy clase, intento no pensar en el presente. Cuando escribo artículos o doy conferencias sobre la política actual, la historia es algo que me puede ayudar. Pero en esos casos no hago trabajo histórico. La clave es que son dos actividades diferentes, con reglas distintas, y el riesgo es quedarte en medio y no ser una cosa ni otra. —

DANIEL GASCÓN (Zaragoza, 1981) es escritor y editor de *Letras Libres*. En 2013 publicó *Entresuelo* (Literatura Random House).